

Ponencia de Don Fabián Márquez sobre “ARTICULACIÓN DE LOS OBJETIVOS GENERALES DE ANDALUCÍA CON LAS POLÍTICAS SOCIOECONÓMICAS DE ESPAÑA Y DE LA UNIÓN EUROPEA”.

Sevilla. 29 de Noviembre 2007.

Conocedores todos ustedes de los datos mas actuales de la economía andaluza y de la realidad española y, al mismo tiempo, inmersos como estamos en distintas opiniones políticas y mediáticas sobre el alcance de la situación novedosa de crisis, iniciada en Estados Unidos, crisis que por ahora solo considero financiera, voy a tratar de darles una particular visión sobre los Objetivos generales de Andalucía para el futuro, más o menos inmediato, con la intención de poner sobre el tapete las bases de un debate que mis contertulios en esta Mesa Redonda ampliarán y desarrollarán con más conocimientos que los míos. Se trata, como dice el enunciado, de saber como se pueden articular los objetivos generales del desarrollo de esta Comunidad en paralelo a las políticas socioeconómicas de España y del resto de los países de Unión Europea, de tal forma y manera que se logre que Andalucía sobreviva por encima de los márgenes que imponen el resto de las Comunidades españolas y de los países europeos y no se abandone en tempestades y riadas venideras para que no se la lleve la corriente. La complejidad e interdependencia de todas las variables económicas aconsejan un repaso y clarificación para que pueda servir de punto de partida de un debate y de posteriores reflexiones.

Si analizamos los datos publicados de la evolución económica andaluza y española en los últimos veinte años, más o menos desde nuestra incorporación de pleno derecho a la Unión Europea, tenemos dos conclusiones obvias pero enormemente clarificadoras. Por un lado, el crecimiento y evolución de los datos macroeconómicos de Andalucía han sido francamente

espectaculares pero paralelos en la mayoría de los términos al desarrollo de la economía española. Y ambas economías han crecido por encima de las medias de los países europeos, con lo que nuestras economías han logrado un grado de convergencia de importancia considerable con la media de Europa. Y por otro lado es fácil darse cuenta de que este crecimiento ha sido debido, en gran parte, a un cambio de modelo de nuestras economías, sustentadas en los años ochenta en una mano de obra muy barata, en una falta de capacitación profesional evidente, en una consideración de países en vías de desarrollo, en una estructura productiva muy deficiente, en unas infraestructuras que imposibilitaban el desarrollo y, en fin, en un diferencial de renta considerable con respecto a los países de nuestro entorno. Actualmente podemos afirmar que las economías andaluzas y españolas son economías desarrolladas, con estructuras productivas muy similares a las de los países desarrollados y con niveles de eficiencia equiparables, lo que ha logrado una reducción del diferencial de renta muy significativo. Mientras que en los años ochenta las principales diferencias se encontraban en el desempleo y la inflación, los principales retos a los que de ahora en adelante nos tendremos que enfrentar serán los cambios demográficos derivados del envejecimiento de la población y de la inmigración, un déficit de la cuenta corriente excesivo para nuestras economías y una adaptación continua y permanente a los cambios generados por la globalización, como nos está ocurriendo en nuestros días.

Cuando hablamos de economía y de crecimientos económicos conviene hacerlo con otros valores de referencia. Es decir, no sólo tenemos que tener en cuenta los valores absolutos de los que hablamos, sino en términos comparativos. Quiero decir con ello que no sólo tenemos que contar con los valores del desarrollo económico de Andalucía en los últimos años, sino en comparación con quien y saber cual ha sido su ritmo de crecimiento en comparación con qué países. Ya sabemos que en la última década, sobre todo en el último trienio, el crecimiento de Andalucía ha estado por encima del cuatro por ciento sobre su propio PIB. Pero es que China, por ejemplo, ha crecido por

encima del diez por ciento, aunque partiera de “ratios” mucho más inferiores que los nuestros. Y que India ha crecido una media por encima del ocho por ciento. Conviene recordar que la economía de los Estados Unidos creció en el último año del que tenemos datos cerca del tres y medio por ciento. Estas referencias también nos deben ser de utilidad porque, aunque parezca y sean lejanos en nuestras geografías, ya tenemos que hablar de un solo mercado en una economía global en la que los altibajos de otros países nos sacuden de igual manera que nos afecta, por ejemplo y sobre todo en los últimos meses, la aceleración del precio del petróleo, afectando de manera directa a los datos de inflación. Pero recordemos los crecimientos de España y Andalucía. En los tres últimos años de referencia, siempre fue Andalucía una o dos décimas por encima de la media española en los índices de crecimiento, pero acabamos 2006 justo una décima menos que en el resto de España, que marcó un cuatro por ciento de crecimiento, mientras nuestra Comunidad se quedaba en el 3,9 por ciento. En cualquier caso, crecimientos paralelos, importantes y muy por encima de los países de la UE. Si obviamos los crecimientos de los países de economías emergentes, podemos considerar que España y Andalucía se colocan en los últimos años muy por encima de los crecimientos de los países de su entorno – excepción hecha de Irlanda--, lo que ha facilitado los criterios de convergencia y un acercamiento considerable a los países en los que nos queremos mirar. Y conviene recordar que la participación de la economía andaluza en el contexto nacional ha pasado del trece al catorce por ciento, en la última década.

A todos los datos anteriores hay que añadir el crecimiento acelerado de las tasas de productividad de América latina. Son países que tienen riquezas naturales con las que ya casi no contamos en Europa. Allí, quien no tiene gas, tiene petróleo, o madera o riquezas naturales. Y parten de una economía, en general, de subdesarrollo, en dónde España y sus empresas están contribuyendo de una manera acelerada y decidida al desarrollo y al crecimiento. Eso sí, ya conocemos que están sujetos a regímenes políticos de cierto carácter populista con lo que ello conlleva de cierto peligro y riesgo en cuanto a la falta de

consolidación de una estructura jurídica a largo plazo, en la que asentar las bases de expansión y de crecimiento económico. ¿Cuánto van a ser capaces de crecer estos países de economías emergentes? ¿Van a ser paralelos los procesos de países como China e India o del sudeste asiático, con la evolución venidera de las naciones de Latino América? ¿Hasta cuando se van a contemplar estos ritmos de crecimiento? ¿A qué cifras va a llegar el precio del petróleo? ¿Cuándo Europa va a encontrar un sistema de suministro de energía, alternativo al “oro negro”, más limpio en la evacuación de residuos y mejor para la conservación del medio ambiente? La contestación a estas interrogantes nos ayudará a definir el proceso evolutivo de nuestras economías para las próximas décadas.

Todo ello nos hace ser optimistas. Matizaría diciendo que ligeramente optimistas, sin que esto se nos convierta en la sempiterna golosina que nos coloque en el paraíso de las falsas expectativas. Porque no hay que olvidar otros datos, en los que, a pesar del esfuerzo de todos, no hemos alcanzado cifras paralelas ni homogéneas. Ahí están las cifras de desempleo que aún permanecen en nuestros cuadros macroeconómicos. Mientras en el resto de España la cifra promedio de desempleo ronda el ocho por ciento de la población activa, en Andalucía estamos cerca del trece por ciento, cinco puntos por encima de la media nacional. Es cierto que en el último año del que se tienen datos contrastados, en Andalucía se crearon más de 150.000 puestos de trabajo, con lo que la población activa en la región alcanzó la cifra de tres millones ciento cincuenta mil (3.150.000) personas ocupadas, la cifra más alta jamás conseguida. Pero también sabemos que aún tenemos provincias en nuestra Comunidad en las que el paro alcanza al 17 por ciento de la población. Esto nos enseña que el ritmo de creación de empleo en Andalucía nos permite ir reduciendo el diferencial de tasas con la media nacional, pero por desgracia, creemos que no se hace al ritmo y de acuerdo a las necesidades que Andalucía tiene. Dicho de otra manera, el número de afiliaciones a la Seguridad Social ha crecido en el último ejercicio un 3,8 por ciento respecto al crecimiento de las afiliaciones del año anterior, mientras que la media nacional se

situaba en un 3,3 por ciento de crecimiento, pero Huelva, Jaén y Cádiz lo hacían en proporciones bastante inferiores al resto de nuestras provincias.

Debo referirme también a los resultados de la Concertación Social en Andalucía. Según los datos reseñados en el Informe anual de la situación socioeconómica de Andalucía, publicados por el CES, la evaluación del VI Acuerdo de Concertación Social muestra un balance favorable tanto del nivel de ejecución del mismo como de las actuaciones llevadas a cabo, lo que está teniendo una influencia muy positiva en el desarrollo económico de la región. Considerando los objetivos generales del acuerdo, que es avanzar en la renta per cápita y en el empleo hacia los niveles medios europeos, en los dos primeros años de ejecución de este Acuerdo, Andalucía alcanzó el 76 por ciento del PIB per capita respecto a la media de los países de la Unión Europea mientras que, como hemos señalado anteriormente, los datos de la EPA han llegado a fijar la ocupación de Andalucía por encima de los tres millones cien mil trabajadores. Los datos del Informe también ponen de manifiesto los importantes avances realizados en Andalucía en cuanto a la incorporación a la Sociedad de la Información, ya que el 87 por ciento de las empresas andaluzas tienen acceso a Internet; la incorporación de la mujer al mundo laboral, ya que la tasa de actividad femenina llega al 87 por ciento de la media de la UE; se ha visto favorecida la creación de empleo estable, aunque la tasa de temporalidad continúa en Andalucía en el 46 por ciento y se ha avanzado de manera decidida tanto en la productividad de la economía como en el dinamismo en la creación de empresas. Junto a estos datos, que pueden provocar y provocan el entusiasmo y alborozo de determinados políticos, conviene siempre sopesar los señalados del desempleo en la comunidad, para que nuestro optimismo se ralentice y modere. Y más si tenemos en cuenta como van a ser las generaciones venideras, ya que Andalucía es la comunidad española en la que más han crecido los fracasos escolares en los últimos seis años porque el 35 por ciento de los escolares no logra acabar los cursos de la Educación Secundaria Obligatoria, la ESO, y lo que es todavía peor es el dato de que, de aquellos que lograron pasar al

Bachillerato o a la Formación Profesional, otro treinta y siete por ciento se quedaron en la estacada, lo que quiere decir que casi un sesenta por ciento de cuantos niños empiezan en el Colegio, se encuentran a los 24 años sin la menor capacitación profesional. Me atrevo a afirmar que este fracaso escolar, entendido como abandono del sistema educativo entre los 6 y los 24 años, es una de las manifestaciones más palpables de los fenómenos de exclusión social y por lo tanto no es solo un problema escolar el que se plantea en Andalucía, sino que también es un problema económico, laboral y cultural de nuestra sociedad.

Hemos crecido en casi todos los conceptos, es evidente, y de manera más acelerada en los últimos diez años. Hemos pasado, como decía en líneas anteriores, de un modelo productivo basado en mano de obra barata y poco cualificada, a unos niveles de empleo y renta que nos acercan a los de nuestros vecinos de la vieja Europa. En términos globales, hemos sido capaces de llegar a una Seguridad Social con veinte millones de afiliados, cuando hace diez años estábamos solo en trece millones, y se han creado siete millones de empleos, de los que casi tres millones son mano de obra femenina, además de absorber a cuatro millones de inmigrantes que ya suponen casi el diez por ciento de la población activa. Pero la crisis financiera nacida hace tres meses en Estados Unidos, la sensible reducción de la actividad constructora, que según los últimos parámetros presenta una reducción cercana al 39 por ciento, el endurecimiento de las condiciones para acceder al sistema crediticio y la subida de los tipos de interés han dado al traste con el modelo de crecimiento en el que estábamos instalados.

Ya lo ha anunciado el vicepresidente Solbes y no tengo más que corroborar lo que todo el mundo económico parece estar viendo: y es que estábamos en un modelo de crecimiento basado en la construcción y en el consumo y hemos de evolucionar hacia nuevos criterios de crecimiento basados en el desarrollo y potenciación de la industria, nuevos criterios de actividad en sectores de mayor productividad, mayores exportaciones y consolidación del sector servicios. Pero esto no se hace de la

noche a la mañana, por lo que parece fácil predecir que aún estaremos unos años en el que convivan los dos modelos de crecimiento: el viejo y el nuevo. Así lo garantiza la última noticia que procede del Instituto Nacional de Estadística: el crecimiento del tercer trimestre ha sido sólo –y no es poco- del 3,8 por ciento debido a la desaceleración de los dos factores que más nos han hecho crecer en los últimos diez años: el consumo y la vivienda, lo que pone en evidencia los síntomas de agotamiento de estos dos sectores tan importantes para nuestra economía. Y no es que hagamos predicciones de alarmismo ni queramos ser más pesimistas de lo debido, sobre todo teniendo en cuenta que mientras España sitúa su crecimiento en ese 3,8 por ciento, la media de la UE es del 2,9 por ciento y el de la zona Euro se queda en el 2,6. Pero las previsiones realizadas hace tan sólo un año de seguir creciendo al ritmo del 4,1 por ciento no se cumplirán, y los datos del Instituto Nacional de Estadística deben hacernos tomar las precauciones debidas: el gasto de las familias es la piedra angular de nuestra economía y el gasto de los hogares españoles en los últimos meses no llegó al tres por ciento de aumento, cosa que no pasaba desde el 2003 y la construcción de viviendas solo creció el 2,8 por ciento, el peor dato desde el ya lejano 2002.

Y mirando a futuro no conviene tener olvidos de las cifras manejadas hasta ahora. Haciendo un breve esfuerzo de memoria hay que recordar que la economía andaluza se ha visto reforzada de manera importante con la aportación de los fondos europeos. Desde nuestra integración en la UE, Andalucía ha recibido, en cifras redondas, la cantidad de setenta mil millones de euros que nos han servido para mejorar nuestras infraestructuras, nuestra agricultura y nuestra economía de servicios lo que ha conllevado la contratación de importantes paquetes de mano de obra. Aún tenemos por delante unos años, cinco más hasta 2013, en los que la UE nos enviará otros doce mil millones de euros. Pero ese año fatídico se acabará la recepción de fondos europeos, ya que estos irán destinados a los países recién incorporados a la Unión y que se presentan con peores economías que la nuestra. Desde entonces, Andalucía se tendrá que acostumbrar a crecer sola, sin ayudas y con la propia solvencia de las cifras de crecimiento de

nuestra Comunidad y con la participación en los fondos de compensación de las Comunidades españolas.

Insisto en que no deseo que vean en mis palabras síntomas de falso alarmismo. Ni hay razones para ello, ni creo que sean palabras recomendables para el mundo inversor y empresarial. Pero si es cierto que nos encontramos ante un futuro con ciertas incertidumbres, en el que los errores se pueden pagar muy caros. Tenemos una economía de servicios en la que la calidad, el prestigio, la conservación del medio ambiente y el bien hacer es difícil de mantener. Y en Andalucía aún lo tenemos más difícil por cuanto nuestros modelos de producción y nuestras estructuras económicas son de las que yo llamo del antiguo modelo de crecimiento. Nuestro paso a actividades industriales de mayor valor añadido y mejores ratios de productividad son necesarias para los años que se nos vienen encima. Nos asombraríamos si supiéramos el detalle de las empresas andaluzas que, conservando modelos tradicionales, están exportando a otros países, aún a pesar del actual cambio dólar/euro, cuestión esta que tampoco sabemos cuanto va a durar, ya que mientras este cambio nos favorece en la compra de algunas materias primas, como el petróleo, no debemos olvidar la incidencia de este último en los datos de inflación.

Ante la situación en la que nos encontramos, con esa real desaceleración de nuestra economía –que el propio Gobernador del Banco de España nos acaba de recordar que nuestra capacidad de crecimiento se quedará el año que viene en el 3 por ciento con índices de inflación en ascenso-- que afectará, según las previsiones, a todo el año que viene, aunque nunca llegue a tener caracteres dramáticos, y con la necesidad imperiosa de seguir creciendo para que Andalucía mantenga aspiraciones de convergencia y acercamiento a Europa y a las comunidades españolas que van por delante, no creo que encontremos fórmulas mágicas que nos garanticen el proceso. Pero es labor de todos encontrar decisiones que nos ayuden a seguir avanzando. Desde luego considero que una de las labores a realizar es descargar el sistema de convivencia de tensiones, si bien es cierto que estas

tensiones se contemplan más en el ambiente político que en el entorno económico. En los últimos años la sociedad se ha visto violentada con el enfrentamiento —y estoy hablando sólo de cuestiones económicas— entre partidos políticos creando un clima que en nada ayuda a la evolución y a la confianza empresarial. Precisamente quiero reseñar cómo han sido, mediante el diálogo y los acuerdos, las organizaciones sindicales y CEOE las que más han contribuido a destensar este clima del que hablo, con la continua búsqueda entre empresarios y trabajadores de encuentros en los que acercar posturas y no acrecentar la crispación social que se ha vivido en los últimos años. Y en ello se está para alcanzar convenios y acuerdos en los que se logren aumentar la productividad y la movilidad para incrementar el desarrollo económico. No en vano traigo a colación la reciente Declaración de CC.OO. por el interés que tiene y por lo que sugiere dicha Declaración. Comisiones Obreras anota los datos positivos del crecimiento de la industria, de la exportación y otros sectores de nuestra economía, pero al mismo tiempo admite lo inevitable del cambio de modelo de crecimiento, con una negociación colectiva más racional y estructurada que no transmita inflación de arriba hacia abajo, con cuantiosas inversiones en la formación de mano de obra para conseguir que esta disponga de movilidad y polivalencia a cambio de redes de protección que aseguren al trabajador que los cambios que se vayan a registrar sean realizados con los necesarios “amortiguadores” sociales.

Tampoco ha contribuido en manera alguna la grave situación que se tiene sobre la identidad territorial con los blindajes estatutarios que se han firmado hasta ahora y los que de manera inminente quedan por venir. Cada autonomía busca los parámetros que más parecen interesarle sin criterios de uniformidad e igualdad entre ellas y mientras, por poner un ejemplo, Cataluña trata de imponer criterios de PIB para el desarrollo y reparto de los fondos de compensación de las autonomías, Andalucía acude a criterios de población. Y no es que un criterio valga mejor que otro, pero habrá que establecer criterios de equidad y fórmulas de reparto que convengan a todas las Comunidades por igual ya que parecen desterrados, lamentablemente, los anteriores criterios de

solidaridad interregional para que “los ricos” pudieran seguir ayudando a “los pobres” para alcanzar mayor igualdad en los crecimientos.

En cualquier caso, y finalizo mi intervención para poder escuchar a mis compañeros de esta Mesa, no quisiera dejar en el olvido un par de sugerencias para afrontar ese futuro inmediato que tiene ante sí Andalucía, sobre todo a partir de ese fatídico 2013. Hasta entonces nos quedan cinco ajustados años en los que deberíamos empezar por plantearnos, desde las Administraciones públicas y desde la empresa privada, un esfuerzo considerable en I+D+i que nos permitiera afrontar el próximo decenio con empresas más solventes y con mayor valor añadido que las que tenemos en la actualidad. Los países de nuestro entorno nos aventajan en varios puntos en Innovación y Desarrollo con las nuevas tecnologías que se han impuesto en el mercado. Baste reconocer el avance tecnológico que han tenido países como la India, que aún manteniendo unas infraestructuras propias del subdesarrollo, ha crecido más del doble que los países europeos gracias a su tecnología punta.

También me gustaría referirme al capital humano y a la formación. Formación de nuestros trabajadores y de nuestros profesionales con criterios educacionales que partan desde la primera edad. Ya se que esto no se consigue de un año al otro y que se necesitan un par de generaciones para realizar un cambio de mentalidad. El cambio de modelo de crecimiento y de desarrollo debe ir acompañado de un cambio de mentalidad de nuestros ciudadanos, desterrando determinados principios y criterios más propios de un chauvinismo provinciano que de un espíritu abierto y liberal, tratando de olvidar todo genero paternalista de nuestra Administración. Todo lo que no sea acudir a nuestros jóvenes desde su más pronta educación, en primaria y secundaria, para seguir abonando estos criterios en la formación profesional no logrará consolidar una formación de nuestros trabajadores que logren aumentar su capacidad productiva.

Tampoco debo olvidarme de la mejora de las infraestructuras y de las redes comerciales y de transporte de Andalucía. Mucho se ha hecho ya, pero aún queda mucho por hacer aunque nos anuncien en estos días la inauguración de un nuevo tramo del AVE. Más y mejores carreteras, más y mejores puertos marítimos, mejora de los sistemas aeroportuarios, facilidades en las redes de distribución y un largo etcétera que posibiliten el crecimiento de nuevas industrias, tanto en el sector energético, como en el aeroespacial y en el de la industria agroalimentaria, en el que nuestra región debe seguir creciendo.

Resumo mi intervención en unas breves líneas que espero sirvan para la reflexión: optimismo evidente ante la visión de nuestro desarrollo en los años transcurridos hasta ahora. Aunque insisto en que se podrían haber puesto los cimientos y soportes más adecuados para permitirnos edificar ahora con mayor solidez. Pero estamos al final de un ciclo donde aparecen ciertos nubarrones en dos de los sectores que más pueden afectar a Andalucía: construcción y consumo familiar. Por lo tanto es hora de fijar nuestras decisiones sobre la mejora de las infraestructuras, el desarrollo del capital humano, la captación e inversión en nuevas tecnologías y la cohesión social.